

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 25 DE OCTUBRE DE 1840.

LA

Batalla de Lluchmayor.

Memorable es en los fastos baleares el día 25 de octubre, aniversario de la batalla de Lluchmayor, en la que un rey perdió su vida, y el heredero del trono su libertad: en la que se desvanecieron las esperanzas de los que anhelaban ver restablecido en sus derechos á un monarca destronado y fugitivo; en la que solamente sobrevivió un nombre para añadirse al catálogo de los príncipes desgraciados. El 25 de octubre es la última fecha de la historia de los reyes de Mallorca. En él tocó al término su dinastía de un siglo: nuestra isla descendió de reino á provincia, y el oro de su corona se fundió para convertirse en un florón, que adornase la de los monarcas aragoneses.

Nuestro augusto conquistador, aunque dotado de eminentes cualidades políticas, no estaba exento de pagar un tributo al error del entendimiento, ó á las afecciones del corazón. Imprevisor porque era hombre, ó cegado del amor á su predilecto Jaime II, porque era padre, instituyó en su testamento la división de sus estados, y esta falta, en que incurrieron algunos de los soberanos mas ilustrados, produjo frutos de sangre, como era de temer. Legó á

su primogénito la mitad de su gloriosa diadema, para fundar con la otra mitad un vínculo real independiente mientras existiese la descendencia masculina de su hijo segundo. Esta disposición que alzaba un trono nuevo y endeble por consiguiente, al lado de otro mas poderoso y afirmado con el transcurso de los siglos, no daba garantías suficientes al primero, al tiempo que perjudicaba los intereses y engrandecimiento del segundo: arrojando así una semilla de zelos y desabrimientos, que fomentada por el espíritu helicoso de aquella época debia producir en sazón oportuna disensiones intestinas, querellas, enemistades y revueltas. Bien podia preverse que al estallar la tormenta, sus resultados no serian favorables al reino nuevamente establecido, pues ademas de las desventajas que ofrecia lo reciente de su fundacion, el origen de sus pobladores y la menor estension de su territorio; la diversidad de elementos que constituian esta corona, era un obstáculo invencible para esperar un feliz éxito de su rivalidad con la de Aragon. Así no es extraño que despues de la muerte del conquistador el primer rey que la ciñera libre é independiente, la humillase delante otra corona su igual. Pedro III sin duda habia aspirado en su juventud á la grandeza de su heróico padre, veíase digno de ella por su corazón magnánimo y emprendedor, habia creído señorear un día sus vastos dominios, y al contemplarse defraudado en sus esperanzas, sentia ajados á la vez su orgullo, sus intereses, y su ambicion. Si no invadió á mano armada la

herencia de su hermano, quizá no fué tanto por respeto á la voluntad paterna, como por que aguardaba una ocasion que colorease tamaña injusticia. Por de pronto alcanzó con sus arterías y violencias que Jaime II declarase poseer sus dominios en feudo de honor de los reyes de Aragon, sin servidumbre alguna, y que le prestase sacramento y homenaje como á señor directo de ellos, adquiriendo de este modo la superioridad legal de que este acto le investía. Jaime quedó instantaneamente feudatario. Aquella ráfaga precursora de la tempestad, no habia derribado de su cabeza la corona; pero la habia empañado. La rama primogénita se extendía pomposa para cobijar con su sombra la rama trasplantada en el hermoso clima de Mallorca, y esta sombra era venenosa. Sus príncipes codiciaban tambien el dominio útil de una isla tan rica como es la nuestra, y de los estados adherentes á su corona: los reyes de Mallorca resistian cuanto les era posible el someterse á un yugo impuesto por la ambicion, y admitido por la necesidad de contemporizar con un príncipe rencilloso, y por el deseo de que la paz, madre de la prosperidad, floreciese entre sus pueblos. Los sucesores de D. Pedro meditaban para avanzar en la senda que este les habia enseñado, los de D. Jaime para retroceder del punto á que este les habia conducido: de aqui la impaciencia mal disimulada de unos, la situacion precaria de los otros, y la suspicacia y la aversion de entrambos.

En los campos de Lluchmayor Pedro IV completó la obra del tercero. Jaime de Mallorca, en su infancia, y bajo la tutela de su tio D. Felipe, habia prestado homenajes á los reyes de Aragon; pero cuando empuñó por sí mismo las riendas del estado, joven, brioso, y de esforzado corazon, sintió cuanto era dolorosa una humillacion semejante. La elevacion de D. Pedro IV al trono de sus mayores, le colocaba en la amarga posicion en que ya por dos veces se habia visto y en valde recurrió á dilaciones, pretextos, y embajadas: cuanto pudo obtener del hermano de su esposa, fue algo ménos de publicidad en aquel acto aborrecido. Prestó en

una capilla de palacio el juramento que debia prestar en una catedral, pero ni el honor del feudatario, ni el orgullo del que poseia el dominio directo quedaron satisfechos. Una centella que se exhalase debia engendrar un incendio.

Si reflexionamos en la serie de los que ocuparon el solio de Aragon durante la dinastía de los reyes de Mallorca veremos á Pedro III embarazado en las guerras de Sicilia, valerse al fin de un frívolo pretexto para acometer á nuestra isla, y desde el lecho de su muerte enviar á su hijo Alfonso III para apoderarse de ella. Sin la mediacion pacificadora de la silla pontificia hubiera seguido intitulándose rey de Mallorca el que despojó de su investidura á su legítimo dueño. Jaime el III de Aragon príncipe bondadoso, alegaba derechos ya que no recurria á las armas, si bien debemos decir para gloria suya que oyó la voz de su conciencia mas que la de su ambicion. Corto fue el reinado de Alonso el Benigno y Pedro el Ceremonioso de perverso ingenio, de condicion áspera y desabrida debia naturalmente llevar á cima el deseo de sus predecesores de incorporar á sus dominios los que emancipára el augusto conquistador.

Jaime y Pedro, como César y Pompeyo, alimentaban el ódio en su corazon. Aquel deseaba alzar su corona al nivel de la opuesta porque no queria superior, este anhelaba verla en sus sienes porque no queria igual. La casa de Aragon podia en su concepto abarcar muchas coronas, pero todas para ceñir una cabeza. En tal situacion, promovidas varias dificultades entre Jaime de Mallorca y Felipe de Francia, Pedro no guardó los capítulos de la infeudacion; y, cosa no estraña en los hombres, dias despues acusó al feudatario de haberlos infringido. Con maligna astucia le emplazó para que acudiese á unas córtes en Barcelona cuando mal podia comparecer el que hacia frente al enemigo en sus estados invadidos, y despues de haberle aguardado por toda gracia solos tres dias fulminó un proceso contra el desgraciado Jaime. ¿Cuál podia ser el fallo? La parte, el acusador y el juez eran Pedro IV.

La destitucion se verificó á viva fuerza en 1343 si bien es verdad que el pueblo mallorquin se ladeó al partido más poderoso esperando ser aliviado de los impuestos que le agobiaban. Desamparado Jaime de los suyos, recurrió al fin á la clemencia del vencedor, pero fueron ilusorias sus esperanzas, y viéndose destronado, proscrito, cautivo apeló al último esfuerzo.

Habiendo reunido hasta 3000 infantes y 400 caballos, confiado en que los mallorquines al descubrir sus banderas le aclamarían con el entusiasmo de la libertad, embarcó sus tropas en 14 galeras y otras naves de transporte. La armada ancló en la parte occidental de la isla, ningun obstáculo embarazaba su marcha hácia la ciudad; pero Gilaberto de Centellas gobernador por el rey de Aragon, y Riambao de Corbera que dias antes habia llegado con el refuerzo de algunas compañías, salieron de ella con su campo antes de amanecer el dia 25 de octubre, y con imponente silencio avanzaban hácia Lluchmayor para sorprender la hueste invasora. Avistáronse de repente y trabóse una récia y obstinada batalla. Cerca de medio dia el furor era desatinado, la sangre copiosa, el combate decisivo y el número menor se veia estrechado, y como ahogado por las tropas de Gilaberto. Empezó el desaliento y siguió el desorden. Los partidarios fieles de D. Jaime aflojaron, cayeron, huyeron, pero el rey quedaba. El y dos caballeros sostenian el choque; sus enemigos no pudiéndole rendir le derribaron del caballo. Entonces un soldado viéndole sin sentidos le cortó la cabeza: pero aquella cabeza enarbolada en una pica decia á los vencedores que habia sido digna de ceñir una corona.

T. Aguiló.



LA CASITA DE RANDA.

IV.

Brillaba el sol puro y radiante en una hermosa tarde de otoño. El murmullo de lijera brisa, templando lo ardoroso de sus rayos y vagando llena de perfumes, se confundía con el canto del sencillo arador, que paciente detras de sus bueyes, olvidaba enteramente las fatigas de su profesion con el recuerdo de su amada. Tal vez algun insectillo bullicioso mecíendose en ronco vuelo sobre un rayo de luz, venia á interrumpir momentáneamente tan agradable silencio; y algunas nubes encendidas, agrupadas allá en el horizonte, completaban la beldad de ese cuadro de la naturaleza magestuosa y elocuente en aquel entónces. Un hombre débil y pálido salia de una tosca y miserable casucha, apoyando el brazo en una mujer jóven y lindísima, que parecia observar todos los movimientos de su compañero con el mayor interes. Este hombre era Blas, y la jóven era Ines.

— Sufres todavía? dijo esta haciéndole sentar á la puerta de la casita y llenándole de prevencciones.

— Nó; me siento enteramente bueno.

— Oh! no creí volverte á ver así! ¡Qué horrosa noche aquella! ¡Y era tu hermano....!

— Dejemos eso, Ines. Ademas entónces no era él quien obraba. Estaba loco, estaba fuera de sí. No supo lo que se hacia.

— Sí, dejémoslo. Ahora ya ha pasado el peligro, gracias á Dios y al ser benéfico que tanto desvelo ha mostrado en salvarte. ¡Y no hemos de saber quién es!

— No lo sabes!

— No, Blas. Nunca pude hacerle decir quien era, ni quien le enviaba. Unicamente sé que no venia solo.

— Cómo!

— Un hombre rodaba nuestra habitación mientras él estaba contigo, y así que salía, juntábase los dos y se alejaban juntos.

— Y nada me habías dicho?—

— ¿Por ventura fuiste tu más franco conmigo? repuso Ines con maliciosa reconvención.

— Curiosa! dijo Blas sonriendo bondadosamente.

— No, Blas; No es curiosidad lo que yo siento. Es el pesar que me causa tu falta de confianza; es la humillación de que no me consideres tal vez digna de....

— Te equivocas, Ines. Ninguna de esas causas ha contribuido á que te dejase ignorar los acontecimientos de mi vida. Temía afligirte, nada más. Pero ya que te empeñas en saberla, te la contaré. Vas á oír una historia bien triste.

Miróle Ines con ternura y agradecimiento, y sentándose á los pies de su esposo, tomóle una mano que guardó entre las suyas después de habérsela besado cariñosamente.

— Soy hijo del conde de Vallpina, prosiguió Blas, y mi madre había sido esclava suya.

— Esclava!

— Sí, Ines, esclava. El conde había llegado á la mitad de sus días sin contraer enlace y sin pensar en dar un heredero á los blasones de su casa y á sus vastísimas propiedades. En un cuerpo débil y enfermizo desde su nacimiento, encerraba una alma triste y meditabunda, y solitario en sus ricos salones, veía por grados apagarse su existencia, sin que una voz amiga viniese á consolarle, porque la vinculación de sus bienes y la seguridad de poseerlos á su muerte dispensaba á sus parientes de aquella gratitud anticipada y de aquellos pequeños obsequios y atenciones, que aunque no partan del corazón y disfracen la codicia, llenan de consuelo los últimos instantes de un opulento ^{testamento} ~~testamento~~.

Solo una criatura no se apartaba de su lado y le rodeaba con sus cuidados: y era la dulce María, jóven de 24 años, hija de una esclava que había mecido al conde en su niñez. Ella preparaba para la salud de su señor todas las yerbas y los secretos que su madre le enseñára, velaba como un ángel durante la noche á la cabecera de su

lecho, y cuando el sol brillaba puro en el cielo y un rayo de salud en el rostro del enfermo, le llevaba apoyado en su brazo á respirar el aire embalsamado del jardín ó de las galerías. Pero lentamente á la gratitud del conde, y á la piedad de María sucedió en entrambos una pasión más vehemente, y yo fuí el fruto de esta pasión criminal, que entre tan puros afectos se había nutrido. Aunque educado en el campo en mis primeros años, donde mi temple se robusteció, me llevaban al conde con frecuencia, y aun me acuerdo como entre sueños de un rostro pálido que dulcemente me besaba, y de dos brazos descarnados que me estrechaban con ternura.

Mi padre pensó en llamar á María al lecho conyugal, y no dudaba en sacrificar el falso honor de su gerarquía al honor más precioso de la jóven, y á la felicidad del niño á quien tanto amaba. Sus parientes rugieron de indignación con esta nueva, viendo á un tiempo escapárseles de las manos la ansiada herencia, y al nieto de una esclava heredero de los timbres de Vallpina. Pensando solo por entónces en impedir un enlace á su vista deshonoroso, y en dar al conde otra esposa de la cual no esperaban sucesión, sitiaron desde aquel momento su casa y su lecho, sin permitirnos llegar á su lado. Se le hizo temer por la vida de mi madre y por la mía, se le prometió conservarnos una existencia decorosa y colmada de felicidades, y en un instante de postración y abatimiento, de aquellos en que la debilidad del cuerpo la acarrea también en el espíritu del conde naturalmente recto y generoso, se le hizo recibir por muger á la ilustre doña Beatriz de Sanz.

Desde entónces, Ines mía, principiaron todas nuestras desgracias. Arrojadados en una de las húmedas y oscuras piezas del zaguán, vivíamos del alimento que diariamente se repartía á los mendigos, y los criados á quienes se prohibía responder á la menor de nuestras preguntas ó permitirnos subir una grada de la escalera principal, aumentaban con su dureza y sus insultos la infelicidad de nuestro estado. Yo era muy niño todavía para comprender nuestra hu-

millacion, pero mi madre.... Oh! mi madre debió sufrir horrorosamente, porque lloraba sin cesar y sus lágrimas que caian sobre mi rostro lo abrasaban.

La condesa contra todas las esperanzas dió en breve á luz un niño, al que ahora llamamos el conde de Vallpina, fiel imagen de su madre asi en sus bellas pero orgullosas facciones, cómo en su carácter fogoso y altanero. Mi semblante y mis inclinaciones, segun mi madre me decia, eran enteramente parecidas á las de mi padre, y lo fueran mas todavía, si los riesgos y padecimientos que he arrostrado, no hubieran endurecido mi cuerpo al par que fortalecido mi espíritu. Murió de allí á poco, cautivo en su mismo palacio, este padre amado, á quien solo algunas paredes separaban de su hijo, sin que pudiesen consolarse mutuamente, y cuyos abrazos me figuro tanto mas dulces cuanto ménos los gocé. Ignoro si la hiel que acibaró sus últimos años, y los tormentos que rodearon su agonía, y las astucias y halagos de su esposa lograron arrebatarse su amor paternal. He sabido despues que no me maldijo; pero jamas podré consolarme de no haber recibido la postrer bendicion, ni oido siquiera una vez de sus labios el nombre tan deseado de »hijo!»

El dia siguiente al de la muerte del conde se nos mandó dejar aquella fatal habitacion. Mi madre lloraba; y yo exclamé con orgullo pueril, »esos brazos nos sostendrán»; pero ay! mis brazos eran harto tiernos todavía; y en la humilde casita de las cercanías de la ciudad donde nos acogimos para ser ménos conocidos, muchas noches enteras la vi pasar inclinada sobre sus telares, muchas lágrimas ví correr por sus mejillas, cuando leia en mi rostro las señales del hambre, ántes que pudiese yo cumplir aquella promesa, y ofrecerle cada noche el fruto del trabajo de aquel dia. La infeliz nunca hablaba del conde, porque aquellos recuerdos eran penosos para su corazón, y fomentaban en el mio ideas de grandeza, harto naturales á mi carácter y nada conformes con mi posicion; y solo con Dios hablaba de lo pasado, para rogarle por el alma de mi padre, y llorar el co-

mun deslíz bastante espiado ya por entrambos. A veces mantenía fijos en mí con ternura sus ojos llenos de lágrimas, y á veces se estremecía de oír llamarse madre, y evitaba mis caricias, espiondo si habia en mi semblante una sombra de reproche y acusándose á sí misma de mi humillacion é infelicidad. Pobre madre mia! Acusarla yo....!

Los tormentos del espíritu mas bien que las privaciones del cuerpo la sumieron en la languidez, y la postraron en su humilde cama. ¡Cuánto sufrí entónces vacilando entre abandonarla durante las horas de trabajo á cruel soledad, ó no tener al acabarse el dia lo necesario para reanimar las últimas centellas de su vida! Una noche (me acordaré de ella todos mis dias) la lluvia sonaba sobre nuestro techo, y el viento arreciaba entorno de nuestra chimenea; y en las facciones pálidas y afiladas de mi madre se pintaba una calma precursora de la muerte, y prenda segura del perdón que sus lágrimas habian alcanzado. No habia en la choza mas testigos que un virtuoso sacerdote y yo, que arrodillado á la cabecera de la cama, espiondo todos los movimientos de mi pobre madre y sentia rasgarse el corazón á cada ronquido que salia de su pecho levantado. La infeliz me dirigia sus débiles ojos amorosamente. De pronto un nombre vagó por sus labios; creí oír confusamente »hijo, hijo mio....!» Arrojéme sobre ella y di un grito espantoso... Habia abrazado un cadáver....!

•••••

¿Qué te podré decir ya, Ines mia? Aquella casita y aquellos campos me presentaban recuerdos harto terribles para que yo pudiera seguir viviendo en ellos. Entónces se reclutaba gente para Italia, y me embarqué en la armada: allí me esperaba la gloria ó la muerte, y yo deseaba la una tantó como la otra. Seguí en todos sus triunfos á nuestro valiente rey Alfonso, asisti al cerco de Nápoles, y fui uno de los cuarenta que penetraron por un acueducto en la ciudad, y plantaron en medió de ella el estandarte de Aragon. Los elogios del buen monarca premia-

ron mi valor. Concluida la guerra ¿que habia de hacer ya en aquellos paises donde nada me detenia? en esta isla estaban las cenizas de mi padre, y las de mi madre aunque en sepulcros bien diferentes, y no vacilé en volver.

La condesa de Vallpina habia muerto, y el conde á quien creia inocente de mis desgracias, y cuyas virtudes y generosidad habia oido aplaudir, me interesaba demasiado para no presentarme ante él, y arrojarme á sus brazos llamándole «hermano.» Al entrar por el umbral eché una mirada dolorosa á la mísera guardilla regada con las lágrimas de mi madre, y atravesando los primeros salones, hice decir al conde por uno de los criados que Blas hijo de María le aguardaba. Que le echen! que le echen al momento...! gritó á poco rato desde adentro una voz atrojadora. Aquella voz derramó la hiel sobre mi alma, y fuera de mí y con el rostro encendido, alejéme inmediatamente de aquella casa ántes que la órden pudiese tener efecto. Mi primer movimiento habia sido de ira, pero en breve sucedió otro de lástima hácia aquel hermano cuyo corazon su madre habia corrompido enseñándole á odiarme aun sin conocerme.

Abrumado de pesares quise separarme mas y mas de los muros de la ciudad, y fijé en estos campos mi residencia. Entónces te ví por la vez primera Ines hermosa, y te amé desde luego. Tú no dudaste en unir tu suerte á la mia, y mi corazon sintió disminuir su amargura. Oh! bendita seas!

Calló Blas, y dejando caer tristemente la cabeza sobre su pecho, permaneció así inmóvil en la mas amarga meditacion. Ines cuyas lágrimas habian corrido durante aquella historia, le contemplaba con una espresion indefinible de ternura y de admiracion, y parecia demandar al cielo poder suficiente para hacer olvidar á su esposo la memoria de tantas desgracias.

— ¡Blas....! dijo por fin.

Levantó este la cabeza y vió dos lágrimas en las mejillas de su amada, cual sobre la rosa brillante herida por el sol una gota de agua de la reciente tormenta.

— ¿No es verdad, Ines, que he sido bien desgraciado? dijo tristemente.

— Oh! sí. Pero ya esto se acabó. Ya no hay mas pesares para nosotros. Pobres somos es verdad, pero seremos felices. Si Blas mio; olvida lo que fuiste y piensa solo en el porvenir. Yo te lo hermostraré; yo te lo llenaré de amor y de dicha, y reinará por siempre la calma en tu pecho desgarrado.

— Ines! hermosa Ines! exclamó Blas, abrazándola tiernamente.

— Entremos ya dijo esta. El sol se ha escondido, y el viento que sopla mas fuerte pudiera perjudicarte. Te hallas aun bastante débil, y una recaída seria funesta.

Levantóse Blas dócilmente y ambos se disponian á entrar en la casita, cuando el galope de un caballo les hizo volver la cabeza y distinguieron un ginete que apresurado se dirigia hácia ellos.

Llegó el desconocido y apeándose y saludándoles; ¿Sois vos señor, dijo, el hermano del conde de Vallpina?

Sorprendióse Blas á tal pregunta, mientras Ines asustada con solo este nombre que creia precursor de nuevas desgracias, fijaba con recelo la vista en el recién llegado.

— Nada temais, dijo este. Soy Julian mayordomo del conde, quién me ha entregado esta carta para vos.

Tomó Blas el papel y leyó. Conmovióse de repente y sus ojos se humedecieron, manifestando en su semblante la mas profunda emocion.

— Mi hermano....! mi hermano moribundo...!

— Sí, dijo el recién venido. Vuestro hermano, que os escribe arrepentido de su proceder inhumano y pidiendo vuestro perdón.

— Oh! corramos, exclamó Blas: Corramos á su lado.... tal vez no sea aun tarde, tal vez...

— Deteneos señor, repuso Julian: Ya no le veréis mas.

— Cómo! ¿Ha muerto acaso....? oh! hablad, hablad por Dios!

Julian calló.

— Hermano....! hermano....! profirió Blas, y cubrióse con ambas manos el rostro.

Blas lloraba á su hermano tan injusto para

con él, olvidando en aquel momento todo lo que sufriera por su causa. Su alma hermosa solo recordó el lazo que les unía, y la ternura que siempre había sentido hacia el conde, cuyo corazón pudo creer extraviado, pero nunca perverso. Julian contemplaba este dolor con admiración, no ignorando los procedimientos del de Vallpina para con Blas, mientras la interesante Ines empleaba todos los medios que le sugería su amor y su hermosura para calmar la pena de su esposo.

Quando este primer movimiento hubo calmado, Julian dirigiéndose á Blas y presentándole dos pliegos,

— Señor, dijo; estos papeles son para vos tambien. El primero es una declaracion de vuestro padre á la hora de su muerte en la que os reconoce por hijo suyo. El otro es la cesion que de todos sus bienes os hace vuestro hermano. En Palma es necesaria vuestra preseneia. ¿Quando quereis partir?

— Mañana.

V.

CONCLUSION.

Diez años mas tarde Blas, ó por mejor decir, el conde de Vallpina, subia acompañado de su esposa Ines y de algunos criados á la hermita que bajo la invocacion de S. Honorato existe casi en lo mas elevado del monte de Randa. Habian estado el dia ántes en la feria que se celebra todos los años en Lluçmayor durante el mes de octubre, y hacian esta peregrinacion no tanto por curiosidad, como por dar gusto á su hijo Luis, hermoso muchacho de siete años que el cielo habia concedido por fin á sus deseos. Julian que merecia toda la confianza del actual conde como la habia merecido del pasado, por su probidad y por los largos años de servicio que contaba en aquella casa, se habia adelantado para avisar al superior de los cenobitas á quien decia conocer mucho, y nuestros caminantes veian con placer el término de su marcha.

— Allí es! gritó Luis con voz chillona al descubrir á Julian hablando con un ermitaño.

— Sí, ya hemos llegado, contestó el conde. Pero cuidado Luisito con hacer alguna travesura.

— Oh, no temas papá.

Acercáronse dicho esto al ermitaño, quien les hizo una inclinacion de cabeza y echó á andar silencioso, siguiéndole nuestros recién llegados. El superior, que no era otro su guía, mostraba tener cuarenta años, y de su rostro, que llevaba caido sobre el pecho y al que cubria casi enteramente la capucha, no se podia ver mas que la negra y espesa barba.

Despues de haber recorrido toda la casa, admirados de la quietud y silencio que en ella reinaba, condujóles el cenobita á un delicioso mirador desde el cual se descubria la espaciosa campiña de Lluçmayor con el mar por límites. La vista del conde buscó inmediatamente un objeto y no bien lo hubo distinguido; Te acuerdas, Ines? dijo enseñándoselo á su esposa.

— Oh siempre! contestó esta. Son harto terribles los recuerdos que aquella casita...

— Basta Ines, basta. El tambien fue desgraciado. ¡Pueda el Señor perdonarle como yo le perdono!

Dirigiéndose en seguida al ermitaño.

— Padre, añadió con voz que revelaba una profunda emocion, rogado á Dios por mi pobre hermano.

Iba ya el sol á ocultarse en el occidente, y el conde y su comitiva salieron de la ermita despues de haberse despedido afectuosamente del superior. Este que les habia acompañado hasta la puerta, permaneció inmóvil en ella y con la vista fija en los que se alejaban hasta que ya no los pudo ver. Levantando entónces al cielo sus ojos que humedecian dos lágrimas: ¡Me ha perdonado! exclamó: Gracias Dios mio!

A. MONTIS.



El

ULTIMO REY DE MALLORCA.

1349.

Despertad, los caballeros,
 Los de esta prision opaca,
 Los de brazos en cadenas,
 De fieles y libres almas.
 Doncel soy y hermano vuestro,
 Que vengo de la campaña
 De donde el volver es triste,
 Dó yacer es gloria tanta.
 Y os cantaré del buen rey,
 De sus últimas palabras,
 De aquellas que en su dulzura
 Mas que un dardo el pecho llagan.
 Y solo irán mis acentos
 Desde el pié de aquesta valla
 Hasta el paredon del Temple
 Que os encierra en negras barras.
 Que la noche está sin luna,
 Sin vigías la muralla,
 Ni otro oido ménos fiel
 Nuestras lágrimas profana.
 Solo lloran nuestros ojos,
 Solos velamos sin calma,
 Como brilla nuestro honor
 Entre tantos que se apagan.

¡Ay rey vendido y triste!
 ¡Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

Y éramos tres mil guerreros,
 Veinte galeras la escuadra,
 Y blando y próspero el viento,
 Y en la alta popa el monarca.
 La isla risueña se via
 Dormida sobre las aguas,
 Cual esposa que en su lecho
 Al ansiado esposo aguarda.
 La saludábamos todos
 Con el grito ó con las armas,

Con su relincho el caballo,
 Y él inmóvil con sus lágrimas.
 Él saltó primero á tierra,
 Y besándola esclamaba:
 «Dame un trono ó dame tumba...»
 Y ni tumba le guardaba.
 ¡Ay rey vendido y triste!
 ¡Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

¿Dó correis, los mallorquines,
 Dó correis con tantas armas,
 A acoger vuestro señor
 Con picas en vez de palmas?
 ¿Quiénes vienen con vosotros?
 De Aragon porqué las barras?
 ¿Quién sobre un caballo blanco
 Es ese extraño que os manda?
 ¿Qué buscan por la llanura
 Vuestras filas derramadas,
 Mientras vuestro rey enfrente
 Por su nombre á todos llama?
 Su voz teme el de Centelles,
 Y á la seña de su espada
 Cornamusas y atabales
 La voz de Jaime ahogaban.
 ¡Ay rey vendido y triste!
 ¡Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

De oro el sol en la mitad
 De la atmósfera azulada
 En campos de Lluchmayor
 Ardia sobre las armas.
 Y la cruel matanza ardia,
 Y la enemiga bandada
 Tendida cual sierpe inmensa
 Nuestro escuadron enroscaba.
 Cual de hermanos era el odio,
 Y la lid solo de espadas,
 Vanos allí los caballos,
 Y frágiles las corazas.
 El solo, limpio el acero,
 Entre ambas huestes volaba:
 De quienes ya no eran hijos
 Aun era padre el monarca.
 ¡Ay rey vendido y triste!
 ¡Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

Morian sus caballeros,
Sus peones le dejaban;
¿Qué harían los mercenarios,
Si los súbditos le matan?

Nicolas Marí-moria

De Bellver el noble guarda,
Y otros cien, flor de este pueblo,
Y ninguno por la espalda.

Ah! no huyais, que en la ribera

También picas nos aguardan,
Y del mar los hondos senos,
Y en nuestras galeras llamas.

A unos dió muerte el hierro,

A otros sepulta el agua,

A cual esperan cadenas,

A cual del verdugo el hacha.

¡Ay rey vendido y triste!

Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

«Rey no seré sin vasallos:

Moriré, cual esos ansian,»

Me dijo: y con su corcel

Cual rayo á la lid se lanza.

Ay! perdíle en el tumulto...

Y en el punto un almogabar,

(No era alménos su vasallo!)

Del rey la cabeza alzaba.

La ví... cerrados sus ojos,

En sus labios queja blanda,

Y en torno al sangriento cuello

La cabellera ondeaba.

Y luché sobre el cadáver,

Caí sin vida á sus plantas:

Al despertar, ni las huestes,

Ni el cadáver allí estaba.

¡Ay rey vendido y triste!

Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

Decid si desde esa torre

Le visteis en negras andas,

O entre los nuevos pendones

Su cabeza en una lanza,

Cuando en la puerta del Campo

Triunfante la hueste entraba?

Si tañían los clarines?

Si era mucha la algazara?

Si Riembao y Gilaberto

Ceñidos de lauro andaban?

Y mañana en la ciudad

Habrá fiesta, y luminarias,

Colgaduras, y juglares,

Y festines en su alcázar;

É igual pompa que en sus glorias

Por su muerte se derrama.

¡Ay rey vendido y triste!

Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

No te llegues á tu hermano,

Porque es cruel, ó Constanza;

No te enseñe de tu esposo

La cabeza ensangrentada.

Ni tampoco le maldigas,

Que al hijo de tus entrañas

Cautivo tiene, y un día

Dos muertes juntas lloraras.

Para tí manchada en sangre

Recogí del rey la vanda:

No llores mucho sobre ella,

Pues la sangre se borrará.

Y tu hijo besarla debe,

Y por pendon desplegarla,

Y al volver triunfante al solio

Por diadema ha de llevarla.

¡Ay rey vendido y triste!

Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

Bien murió, pues rey naciera,

Bien murió, cuando era nada:

Qué la corona tan solo

Con la cabeza se arranca.

Mejor es, que no en el polvo

Besar la opresora planta,

O mendigar un asilo

Cautivo en agena casa.

De otros reyes ver la pompa,

De otro ejército las armas,

Y acordarse de sus héroes,

De sus fiestas y batallas.

Bien murió, por mas que en mármol

Entre reyes no descansa:

La muerte mas que la tumba

Digna sea del monarca.

¡ Ay rey vendido y triste!
Ay reino ingrato que otro rey quisiste!

Adios, bravos Santacilias,
Durán, Puigdorfil y Fraga;
De Pedro de Tornamira
Acordaos, nobles almas.

Miéntras mi Señor vivia
Mi libertad envidiabais;
Hoy no vale mas un mundo
Que esas cárceles opacas.

Y tú, Berenguer mi hermano,
Dí á mi madre en luto salga,
Y con las que á Jaime enciendan
Encienda por mí sus hachas.

Que el tornar será ya nunca;
Ni he de dar á tierra ingrata
Una memoria en mi vida,
Ni una lágrima en mi marcha.

Adios, solo á vosotros, noble grey!
¡ Adios!... murió mi patria con mi rey.

Su laud el doncel recoge,
Y gimiendo se alejaba:
Por los rostros de los presos
Hilos corrian de lágrimas;
Fija su vista en el punto
Dónde su rey espirara,
Sin que ellos ay! cual un dia
A su defensa volaran.

Y el tiempo pasó, y supieron
Vivir mas que su esperanza,
Y arrostrar vida en cadenas,
Cual la muerte en la batalla.
Su cuerpo estaba cautivo,
Rota en el campo su espada,
Y borrados sus escudos,
Y un nuevo dueño en sus casas:
Pero un corazon tenian;
Y sobre él, cual sobre un ara,
Mejor que Pedro en su corte,
Jaime difunto reinaba.

Y uno tras otro murieron,
Y en el último espiraba
El postrer de los vasallos
De nuestro postrer monarca.

J. M. Q.

Épémérides

DE LA HISTORIA DE MALLORCA.

Octubre.

DIA 1 DE 1346. Consagracion del altar mayor de la catedral y dedicacion del templo por el obispo D. Berenguer Balle.

1 DE 1552. Brillante victoria alcanzada en los desfiladeros de Valldemosa por Raimundo Gual de Mur al frente de 28 hombres contra 500 moros que volvian del pueblo saqueado con multitud de cautivos y despojos, y de ellos muy pocos llegaron á sus galeras.

1 DE 1706. La ciudad se entrega al conde de Zavalá que vino con la armada del Archiduque de Austria. Vanos esfuerzos del virey conde de Alcudia y del obispo Portilla para sostener á Felipe V, alborot de los marinos en favor de Carlos, y asesinato de D. Gabriel Berga y Santacilia, que huyendo desde la puerta del muelle con el tiro dentro el pecho cayó muerto ante la iglesia de S. Francisco de Paula.

2 DE 1391. Reunense los pageses en número de seis ó siete mil armados al rededor de la ciudad, para vengar la pretendida muerte de sus sindicos enviados á la corte, y la sitian durante tres dias saqueando sus alrededores con daño de mas de 50,000 libras suma enorme en aquel tiempo.

7 DE 1374. Son ahorcados por las plazas 14 esclavos sarracenos y tártaros que intentaban incendiar la ciudad y entregarla á los moros.

7 DE 1635. Avenida de la Riera á las dos de la tarde, que subiendo sobre los muros y derribando la puerta de Jesus inundó la plaza del Cármen, Mercado y Born de modo que navegaban las barcas por la plaza de la Loja: murieron 15 personas y la pérdida de los bienes fué inmensa.

11 DE 1632. Reunense en S. Francisco de Asis para jurar las paces, á instancia del obispo F. Juan de Santander, los caballeros de los dos antiguos y encarnizados bandos de Canamunt y Canavall, y perdónanse mutuamente los homicidios de Pedro Juan Quint, Arnaldo Santacilia, Onofre Brondo, Pedro Antonio Zaforteza y Jorge Sureda Vivot.

13 DE 1541. Llega al puerto de Palma despues de haberse detenido algunos dias en Alcudia, el emperador Carlos V. y recibido con brillantísimos festejos se embarca el 18, acompañándole mas de cien caballeros á la expedición de Argel.

14 DE 1402. Horrorosa avenida de la Riera que durante la noche derribó el muro de la puerta Plegadissa (hoy de Jesus) é inundó toda la parte baja de la ciudad con muerte de 5000 personas y destruccion de 1600 casas.

25 DE 1349. Batalla de Lluchmayor en que el último rey de Mallorca Jaime III perdió reino y vida.

27 DE 1551. Los de Alcudia en número de 150 mandados por Bartolomé Maure rechazan 6 galeotas de moros, pero volviendo estos en sí y desembarcando de nuevo en número de 800, se traba durante tres horas una obstinada pelea que cedió en ventaja de los nuestros.

28 DE 1230. D. Jaime el conquistador parte de esta isla con sus varones concluida su pacificación y arreglado su gobierno.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.